

LA CONCIENCIA NACIONAL

Alguna vez se ha dicho que los españoles son el pueblo más inclinado a la contemplación crítica de su personalidad nacional. La literatura que confirma este aserto es copiosísima: ensayos, investigaciones históricas, obras de crítica literaria y de creación poética, esquemas implícitos o explícitos de una filosofía de nuestra Historia... Todo un universo de trabajos de la más diversa índole, desde los cuales se disparan proyectos de respuesta a las cuestiones que los españoles traen abiertas en el corazón desde que llegan a este mundo. En conjunto, una literatura tan extensa que Pedro Sainz Rodríguez—el primer bibliógrafo español desde Menéndez Pelayo—la manifiesta reiteradamente selectiva y

crítica a una relación de obras cuyos títulos ocupan noventa páginas del último libro que ha ofrecido al público estudioso: "Evolución de las ideas sobre la decadencia de España".

La manifestación más reciente de esta crisis de conciencia del español moderno fue el problema de las dos Españas ("Españolito que vienes—al mundo, te guarde Dios:—una de las dos Españas—ha de helarte el corazón"). Pero su origen no se puede reducir, mediante una operación simplista, a la psicología o al carácter nacional: es fruto de la Historia. Antes de que nadie hablara de las dos Españas, incluso antes de que la "mentalidad de miliciano nacional"—como dice Sainz—convirtiera en artículo de fe la interpretación "progresista" de nuestra Historia, hay casi doscientos años de polémicas; apologías y críticas consagradas al análisis de las manifestaciones, causas y consecuencias de la decadencia nacional en los órdenes económico, político e intelectual.

El estudio científico de la evolución de estas ideas sobre la decadencia se convierte, pues, en la "historia de las interpretaciones de la Historia de España", o, lo que es lo mismo, en la historia de nuestra conciencia nacional. Lo cual,

junto al interés científico, tiene un alcance político porque da razón—a lo largo de tres siglos—de las ideas predominantes en las distintas épocas, de los motivos que determinaron la acción política y los planes de reforma, de los problemas de conciencia de las minorías dirigentes y de su creciente tendencia a polarizarse en los extremos irreductibles del reformismo radical y del inmovilismo nostálgico, las dos utopías cuyo enfrentamiento constituye la trama más profunda de nuestra Edad Moderna, especialmente a partir de la crisis económica y política del siglo XVII.

Pedro Sainz Rodríguez lo sabía ya en 1924, cuando pronunció su famoso discurso académico de octubre en la Universidad de Madrid, reeditado, junto con otros estudios de crítica histórica y literatura, en el libro que da ocasión a este comentario. Decía entonces, y repite ahora, que



Don Pedro Sainz Rodríguez

en España el problema de la interpretación de la Historia nacional "ha rebasado el ámbito científico y ha pesado como una losa sobre la evolución económica y social". Y que la única solución posible—tanto para la Historia como para la política—es liberar el pro-

blema de la conciencia nacional de los términos y actitudes pasionales en que había solido plantearse, desplazándolo así del plano efímero de la polémica partidista al más profundo y permanente de la investigación científica.

Para Sainz ésta es la línea que inaugura Menéndez Pelayo y que siguen, tras él, los más serios y honestos estudiosos de la cultura española, independientemente de sus personales, y a veces enconadamente opuestas, actitudes políticas. Felizmente, estos augurios se han confirmado después, como demuestra una larga serie de trabajos históricos de los últimos años, que no voy a enumerar aquí porque me vería obligado a repetir buena parte de la bibliografía que recoge Pedro Sainz: baste mencionar uno de los últimos frutos de esta orientación científica, el libro sobre "La Institución Libre de Enseñanza" que acaba de publicar Vicente Cacho Viu.

Habría que añadir solamente que a esta serena clarificación de nuestro ambiente intelectual, con su distinción cada vez más neta entre ciencia y política, han contribuido, sin duda, otros hechos importantes de la experiencia histórica contemporánea: el fracaso definitivo de la empresa revolucionaria—guerra y victoria de 1936 y 1939—, la posterior socialización y tecnificación de la política y el proceso irrevocable de nuestra paulatina reincorporación a la comunidad occidental.

Además del discurso sobre la decadencia, este último libro de Sainz comprende una recopilación de monografías de crítica histórica y literaria dadas a la luz antes, de forma aparentemente esporádica y dispersa, entre los años 1921 y 1956. Son estudios acerca de "Clarín", Burriel, Forner, Gallardo y, sobre todo, Menéndez Pelayo. De este conjunto de trabajos magistrales se podrían decir diversas cosas. Pero mi artículo se limita voluntariamente a la glosa de algunos temas representativos de los métodos y el espíritu del autor y particularmente aptos para la consideración de todos los españoles que se interesan por una comprensión de la his-

toria de su patria: el problema de la decadencia comentado antes, la presentación de Menéndez Pelayo como el introductor en España de la moderna ciencia histórica y el amoroso acercamiento a nuestros muertos venerables, sin discriminaciones de carácter ideológico o político, que estarían refidas con el verdadero sentido de la Historia.

Sainz pone de relieve que Menéndez Pelayo superó a lo largo de su obra la teoría romántica de la Historia, recibida de sus maestros—e, indirectamente, de Herder—, que supone, esquemáticamente, la existencia "a priori" de una personalidad o "genio de la raza" determinante de la Historia, y se levantó hasta un universalismo más amplio aún que el espíritu de su propia época. Fue un tradicionalista; pero, como dijo Eugenio d'Ors, "nunca superficial, nunca pintoresco, nunca casticista ni anacrónico; atento a los valores universales de España", a nuestra "intervención en la tarea ecuménica de la cultura".

Menéndez Pelayo poseyó "sentido histórico": conocía la relatividad que inserta en los juicios humanos el condicionamiento temporal, e incorporó las aportaciones de las llamadas técnicas positivas y de los estudios de psicología y sociología. Pero nada más lejos de su espíritu, y de la verdadera escuela de Menéndez Pelayo, que el fetichismo intangible o la admiración supersticiosa. Unas palabras de don Marcelino, elegidas por Sainz como lema de uno de los estudios reunidos en el volumen, expresan más claramente que cualquier comentario el espíritu de Menéndez Pelayo y el sentido de la actitud discipular con que Sainz se acerca a él e invita a acercarse a todos sus lectores: "Nada envejece tan pronto como un libro de Historia... El que sueñe con dar ilimitada permanencia a sus obras y guste de noticias y juicios estereotipados hará bien en dedicarse a cualquier otro género de literatura".

Con este mismo estilo del maestro es con el que Sainz estudia algunas personalidades literarias, tan empeñadas en luchas o en posturas políticas e ideológicas de su tiempo, como Juan Pablo Forner, el hirsuto apologista de la grandeza nacional; el inquieto y oscilante liberal Bartolomé José Gallardo, el ecléctico espiritualista, medio krausista y medio escéptico que fue "Clarín".

Por fortuna, el espíritu que anima estos estudios de Sainz Rodríguez es hoy la plataforma común sobre la que se alza la mayor y mejor parte de las verdaderas investigaciones de los estudiosos españoles de nuestros días. Tal vez, como dice el propio Sainz, la tremenda prueba por que pasó nuestra Patria hace veinticinco años haya sido una contribución decisiva para el nuevo ambiente. Tal vez, también, otras circunstancias de la vida contemporánea y de la tensión mundial de nuestra época colaboran a ello. Desde el punto de vista de los estudiosos de la Historia y de las manifestaciones culturales, el camino es claro y ha sido parcialmente recorrido ya por destacados maestros. La investigación ha de discurrir por los cauces más precisos que la verdadera ciencia permita alcanzar, para que, con los ojos bien abiertos a las nuevas técnicas y a las viejas fuentes, el historiador, "estudiante perpetuo"—como decía Menéndez Pelayo—persiga "la verdad dondequiera que pueda encontrar un resquicio de ella".

Antonio FONTAN